

## ECCE PÍCARO

و اللبيب اللبيب من ليس يغتر بكون مصيره للفساد

أبو العلاء المعري

*Y el sagaz, el sagaz es quien no se deja engañar  
por la existencia; su destino es la corrupción.*

Abu-I'Ala al-Ma'arri

En la exploración de las raíces del pícaro como personaje y, consecuentemente, de la picaresca como género literario interesa sobre todo auscultar el epicentro del seísmo, la placa tectónica que desencadenó el corrimiento de tierras y originó la falla, la erupción, el fenómeno: el *Lazarillo*

Sea como fuere, y de reojo, tampoco cabe perder de vista durante tal exploración el *Guzmán de Alfarache* y, de vez en vez, otear hacia *El Buscón*. La demora por estas geografías literarias, empero, será de escaso recorrido y menor bagaje. La pesquisa de los orígenes picarescos seguirá un itinerario casi espeleológico con la finalidad de tratar un poco más por extenso las influencias menos manidas que subyacen a la dermis del *Lazarillo* y, por contaminación, a las de otras obras picarescas, así como comentar de modo muy sucinto las fuentes que la crítica ha trillado con mayor grado de insistencia. Asimismo, se tumbará al pícaro sobre la mesa esterilizada del laboratorio para aislar las causas y agentes que intervinieron en su factura y proceder a su análisis. Finalmente, una figura de entre toda la pléyade que conforma el universo de *La vida del Lazarillo Tormes* se alza en demanda de una revisión. Su ruego ha sido atendido y se le dedicará un epígrafe al personaje del escudero. Allí se le operará, con extemporaneidad manifiesta, una autopsia *sui generis*.

### Initium sit consideratio nominis

Las palabras designan el mundo. A resultas, el mundo no es sino un conglomerado de palabras. Mas no en sentido cabalístico, porque la palabra no crea ni forja absolutamente nada: no invoca sino que evoca una realidad definida o un objeto dado. Y quizá esta realidad o este objeto verificables no se correspondan con exactitud a la voz con la que, por convención o convicción, se suele identificarlos. Con pocas salvedades, se recomienda casi siempre empezar por el principio. Según esta premisa, la retrospectiva, en el supuesto del hombre, criatura falible donde las haya, y de las materias humanas, naderías en el mejor de los casos, ha de conducir hasta el delta de la denominación. Porque aquí, ahora y para esto, la evocación, erróneamente interpretada en múltiples ocasiones como creación genuina, es suficiente y basta.

De este modo, el vocablo es baliza, e instituye el punto del que partir: destapa el tarro de las esencias, derrama a su alrededor la espiral de un área determinada del conocimiento para extenderlo en su potencia. A fin de hablar de cualquier asunto no huelga referir la etimología de la palabra esencial que lo sugiere y lo pone en mente, conque si se quiere hablar de la picaresca hay que empezar por el étimo del que ésta arranca: *pícaro*. Es curioso comprobar cómo el *Lazarillo* es tan picaresco para unos como tan

poco picaresco para otros. Está bien posicionarse. Sin embargo, nada nunca es tan así<sup>1</sup>. Algunos, con objeto de excluir a Lázaro de la categoría de pícaro, aducen que en ningún momento durante la novela se le llama con ese nombre. Conviene saber que la palabra *pícaro*, con la acepción de perdulario cuya falta de principios y arteria portentosa lo inclinan a la delincuencia o a sus aledaños, no está documentada hasta 1545, tal y como aparece subrayado en el *Breve diccionario etimológico* de Joan Corominas. El origen de la palabra es, según Corominas, cuando menos incierto, aunque cabe la probabilidad de que *pícaro* y su antiguo sinónimo *picaño*, testimoniado ya en 1335, sean voces jergales derivadas del verbo *picar* debido a la polisemia de oficios que este verbo expresa, desde pinche de cocina a picador de toros. Con el sentido de pinche de cocina, la palabra pícaro ya circulaba en 1525.

Antonio Alatorre coincide con Joan Corominas en que la palabra pícaro designó originalmente al pobre diablo sin oficio ni beneficio que de vez en cuando podía llenar el estómago, y aun ganar unas monedas, picando carne o cebollas. Aunque Fernando Lázaro Carreter disienta, todo apunta a que la palabra pícaro se guisó en la cocina. Cervantes en la *Ilustre Fregona* escribe: ¡Oh pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios, pobres fingidos, tullidos falsos (...)! No deja de ser significativo que Cervantes sitúe al pícaro espontáneamente en la cocina como si ésta fuera su hábitat natural. De siempre, las cocinas han sido ruedos para la improvisación y las timbas de juego, amparo de la mendicidad, refugio de rate-

ros, hervidero de maleantes, colmena de mafiosos, en fin, lugar de encuentro para modélicas cofradías de sinvergüenzas. Ciertamente que Lázaro de Tormes nunca pisó una cocina, no fue pinche de ningún cocinero, como sí lo fue Alfarache. Quizá por este motivo Lázaro Carreter, defensor a ultranza del *Lazarillo* como precursor y moharra de lanza del linaje picaresco, se resiste a aceptar la cocina como incubadora del personaje.

El pícaro, junto con el místico, el caballero y el cortesano, es un personaje prototípico de la literatura de la Edad de Oro española. Existe un antecedente claro en los criados de *La Celestina*, particularmente en Pármeno, y los tipos que deambulan por los ambientes de las novelas rufianescas de Torres Naharro. El rufián, empero, no es un pícaro en cuanto que excita intencionadamente la risa. Lázaro no tiene un átomo de cómico, no intenta hacer gracia, aunque haga reír. Pablos, en cambio, actúa como un profesional del humor y se aproxima, por su carácter bufonesco, a los personajes de Naharro: su pretensión es la de incitar la carcajada, aunque a veces no tenga la menor gracia.

Indica Francisco Rico que el *Lazarillo* es realista ya que pretende pasar por real, aunque no lo sea. Pese a que la realidad no le sirve al autor incógnito del *Lazarillo* de pozo de extracción, sino de cortina de agua verosímil, es imperioso precisar: el *Lazarillo* no es tanto realista cuanto real. Sencillamente porque podría serlo. Los libros de caballerías o las novelas pastoriles no plasman el simulacro de ninguna realidad corroborable: las ninfas, las sirenas, los basiliscos que petrifican con la mirada, los nigromantes que resucitan a los muertos, los caballos alados, las pociones mágicas, etcétera, no se adscriben a una realidad canónica, higiénica y bien entendida. Nadie había visto sino en sueños o con los ojos de la imaginación dragones ignívoros, alfombras voladoras, aves que renacen de sus propias cenizas, aguerridas amazonas, gigantes amalecitas. Los personajes del *Lazarillo*, por el contrario, no podían ser más familiares en la España del siglo XVI: huérfanos, mendigos, ladrones, desterrados, ciegos rezadores, hidalgos venidos a menos, clérigos asaz mezquinos, bulderos mercachifles. Y los arrapiezos que, como Lázaro, vagabundeaban, pedían limosna o ser-

<sup>1</sup> Críticos eminentes tachan de excéntricas ciertas obras tradicionalmente pertenecientes al género de la picaresca. Incluso el propio *Lazarillo* se ha visto involucrado en esta polémica, por considerar, los más osados, que difiere de un canon atribuido al *Guzmán de Alfarache*. Sin embargo, no parece de recibo un reglamento picaresco que presuponga a su vez un centro de gravedad literario alrededor del cual haya de girar como planeta obediente cualquier novela que aspire a ser inscrita dentro de ese género. Si el protagonista, el pícaro, es un arrabalito del extrarradio, una mugre satélite que exorbita por los bordes de la singularidad, el género en sí ha de ser, en congruencia, disperso, de infinitos márgenes, cada uno de los cuales será asimismo centro constitutivo y autocrático. El *Lazarillo* y el *Alfarache* disuenan y, no obstante, sintonizan.

vían en calidad de mozos estaban integrados en el paisanaje cotidiano.

### De la mendicidad a la mendacidad

Las fugas desde el campo hacia la ciudad fueron constantes en el siglo XVI, lo cual propició un considerable aumento del vagabundaje ya en sus primeras décadas. La mendicidad a menudo está asociada a movimientos demográficos desbocados, si no constituye una de sus repercusiones inmediatas. Antona Pérez, madre de Lázaro, se muda del pueblo a la ciudad, y desde allí arrancará el éxodo de su hijo, su descarriamiento. El hambre, la pestilencia, las continuas guerras que mantenía España y la conquista de América atestaban el país de huérfanos, excombatientes inválidos y aventureros empobrecidos, cuya vida inestable los abocaba a la holganza, a la limosna, a hozar en la basura. Por su abolengo noble, algunos arruinados despreciaban el trabajo manual, considerado indigno y humillante. En este mundo de germanías, nadie trabaja con las manos, excepto para robar.

El campo abastecía las campañas militares de soldados, quienes, luego de servir en el frente y realizar la gesta de regresar con vida, preferían permanecer en la ciudad, aun a costa de ser extramuros intramuros, y vivir como rufianes<sup>2</sup>. Estos hombres habían visto morir a su alrededor: la muerte les pisó los talones o la tuvieron tan cerca que habrían podido tocarla si el miedo que entra por los oídos no los hubiese atajado con una sacudida; saben que la vida es un abuso de autoridad o un invento con demasiados resortes, sombra y dolor, aritmética de noria; han contemplado las atrocidades que el ser humano comete por las buenas, y por las malas; han comprendido el oprobio de su naturaleza y, en consecuencia, han preferido la enajenación, vivir en la tangente con la lucidez de los sagaces que, como insinuara al-Ma'arri, no se dejan engañar por la existencia. Comprensiblemente, los triunfos militares, la gloria española, son futilidades para el pícaro, la máxima preocupación del cual

no es otra que evitar morirse de hambre. Lázaro es a la vez testigo y símbolo de lo que verdaderamente se cuece en España, y con suma intencionalidad saca a la palestra, encoroza y expone a la vergüenza pública a los responsables de esta consunción social, económica y religiosa en que naufraga un país patas arriba.

Bataillon detecta en el *Lazarillo* un eco de la situación de los mendigos y vagabundos después de que el Consejo Real promulgara en 1540 una ley que retiraba el derecho a ejercer la mendicidad a quienes no hubiesen superado el examen que legitimaba su condición de pobres o no poseyeran la cédula que expedían los curas previa confesión. Esta coyuntura social otorga pleno sentido a la mención en la obra anónima del decreto que, dictado por el Ayuntamiento de Toledo, prohibía a los extranjeros pedir limosna. La alusión en el tratado III del *Lazarillo* al año estéril quizá se refiera a la sequía que asoló la provincia en 1543, o tal vez, rizando el rizo, a la falta de caridad con que las gentes tratan a Lázaro. Esta segunda hipótesis no convence con solvencia, máxime cuando precisamente es en este capítulo cuando Lázaro no sufre otro daño que el proveniente del hambre. Cuando sale a pedir, le dan. Además, las vecinas del escudero lo reciben en su casa, lo agasajan con comida y salen en su defensa ante el alguacil. No obstante, se conoce que en la época fueron críticos severos e intransigentes con aquellos que sanos y fuertes de constitución mendigaban. A Lázaro, una vez convalecido de las heridas infligidas por el clérigo, se le recrimina su holganza y lo exhortan a buscar amo: *Tú, bellaco y gallofero eres. Busca, busca amo a quien sirvas*. Mucho antes de 1545 pueden pesquisarse frases similares en otros textos. San Ignacio de Loyola en su biografía cuenta que a su llegada a Alcalá en 1525 se empezaron a reír de él y a dedicarle improperios como *se suele hacer a estos que, siendo sanos, mendican*. Y Lozana, en la obra de Francisco Delicado, amonesta a un tal Sagüeso: *¿por qué no estás con un amo, que te haría bien?*

La mezquindad y la sevicia son consustanciales con la picaresca, su razón de ser. Si los amos y las gentes fuesen caritativos, espléndidos y letificantes, si cada uno de los personajes con los que el pícaro interactúa participara de la

<sup>2</sup> A quienes venían de ultramar o estaban acostumbrados a los lances de la guerra los riesgos y las peripecias para conseguir comida se les debían de antojar baladíes.

magnanimidad y munificencia de las vecinas del escudero del tratado III del *Lazarillo*, el género picaresco no se sostendría en su propósito.

### El engendro

Presumiblemente, el autor del *Lazarillo de Tormes* fungió de alquimista. Pasando una tras otra las páginas de la obra, el lector a menudo se lo imagina recluido en su torre octogonal, calado con un gorro cónico de mago taciturno, rodeado de viejos legajos cubiertos de polvo, centelleantes astrolabios, esferas armilares, retorcidos alambiques, marmitas con substancias multicolores en su eterna ebullición efervescente. Esta visión, si no errónea, es imprecisa, como se esclarecerá más adelante. Ello no es óbice, sin embargo, para que el pícaro equivalga al autómatas de Hefesto o al gólem de Abulafia, construido, eso sí, a base de privaciones, escoria, podredumbre, detritus y torsión social. Lázaro representa un grado cero, el ápice de la pureza, el mito del buen salvaje, el monstruo del doctor Frankenstein o un moderno Prometeo descarriado, cuya naturaleza, inocente e inofensiva, se corroe a medida que entra en contacto con la depreciación de los valores morales en el seno de la comunidad humana.

Aunque sea difícil definir la novela picaresca como concepto operativo, ni se avenga a delimitación debido a la variedad de obras que integran el género, es indudable que el *Lazarillo* sentó sus bases y le suministró la estructura: la abjuración del uso *in media res*, el relato en primera persona articulado por medio de aventuras calamitosas ensartadas. Las analogías, en rigor, terminan ahí. El mundo de Lázaro es cruel, mezquino, mendaz, abusivo, tramposo e injusto, pero el individuo Lázaro no es, a priori, retorcido ni hipócrita ni lo seducen las apariencias falsas. Guzmán de Alfarache, en cambio, es taimado hasta la médula y desde el feto. En cualquier caso, vaya por delante que el hecho de que Lázaro sea ingenuo no significa que sea un zoquete o un bruto. Antes al contrario, se revela como un observador excepcional y un juicioso pensador. Desde luego, que no parece Lázaro más listo que el hambre de buenas a primeras. En este sentido, declara la pícara Justina que

*pobreza y picardía salieron de una misma cantera.* La mordedura de la miseria inocula el desánimo que predispone para lo peor: el hambre alista a Lázaro a sus filas y bajo su mando se hace listo, avisado, pícaro.

Vale que el pícaro sea un antihéroe, mas Lázaro no lo es. Si se atiende a la linfa química de la que emerge, el pícaro original, Lázaro de Tormes, ha de ubicarse, provisionalmente, no ya en esa categoría sino por debajo, o más allá. Sin duda, el pionero es precursor, pero no necesariamente prototipo. El antihéroe es el héroe con los valores cambiados o trastornados, el héroe mismo contra el espejo. Lázaro de Tormes más que inmoral se adivina amoral, porque no tiene instinto moral alguno. No es ningún antihéroe en cuanto que no reúne las cualidades diametralmente contrarias al arquetipo heroico. Lázaro es al principio una tabla rasa en la que, conforme desfilan los amos por cuyas manos pasa, se imprimen códigos de conducta que lo halan hasta el planisferio moral y sus reversos. En otros términos: Lázaro se crea desde el barro de la amoralidad, adquiere durante su periplo vital las piezas para montar su maquinaria moral y ante la defectuosidad del engranaje y de las tuercas se desmoraliza. Este sentimiento de desmoralización lo persuade para dejarse arrastrar hasta el lado oscuro de la degradación, hasta la dimensión, gravitatoriamente irresistible, de lo inmoral. Pese a ello, en Lázaro la metamorfosis no se completa. La cuadratura del pícaro llegará con Guzmán de Alfarache, que ya nace siendo pillito, puesto que toma desde el embrión el relevo de aquél, es decir, empieza a andar en el lugar donde Lázaro se detiene: no es un párvulo neófito, sino un aprendiz vezado desde el comienzo.

Cuando un órgano se desarrolla en exceso otro se atrofia, es así y no hay que darle más vueltas. El cerebro del *homo sapiens* aumentó de tamaño a expensas de una disminución drástica de su aparato digestivo. A priori, no debería causar consternación este acto reflejo simple. Nadie se extraña de que el conducto intestinal de los herbívoros sea mucho más largo y enrevesado que el de los carnívoros. Se trata de un sencillo mecanismo de selección natural. Tampoco es síntoma de fogosidad mental pensar que la selección natural actúa en literatura: Lázaro incre-

menta su ingenio en detrimento de su amoralidad original. Vale decir que la biología y la literatura comparten muchas analogías. Por ejemplo, si al pícaro ha de corresponderle una forma específica de vida ésta no es otra que la del parásito. Y en cuanto a su evolución desde un primitivo estadio representado por Lázaro de Tormes hasta la sofisticación picaresca de Guzmán de Alfarache, las ratas pueden servir de inmejorable ilustración. Los zoólogos sienten debilidad por estos animales porque son los mamíferos más evolucionados de este planeta. Por lo visto disponen de un fantástico dispositivo biológico que les permite sintetizar venenos. Como consecuencia, una sustancia tóxica fabricada *ad hoc* para exterminar a una colonia de estos roedores resultará inocua contra sus descendientes. Cada nueva generación trae implantada en su organismo la toxina que estragó mortalmente a sus progenitores, de tal manera que la inmuniza contra sus deletéreos efectos. Las ratas perfeccionan su biología a cada salto generacional. Algo similar sucede entre Lázaro y Alfarache. Entrambos media un salto cualitativo en habilidad picaresca. Lázaro resulta picarescamente deficiente; Alfarache, su primogénito, está bruñido.

Uno de los personajes más fascinadores del Lazarillo es sin duda el escudero, capaz de lo óptimo y de lo pésimo. A no dudar que, en sus últimos compases, el escudero se delata como un arribista, un trepador sin remilgos, eficiente a la hora de mentir, fingir e intrigar. Pero también es oportuno reconocer que el escudero evita que Lázaro se convierta de modo prematuro en pícaro, puesto que paraliza temporalmente su progresión hacia los albañales, la delincuencia y el deterioro moral, lo reflota por breve lapso inspirándole ternura y compasión, moviéndolo *ad misericordiam*: es la tabla de salvación de Lázaro justo cuando su hundimiento se vaticinaba inminente, su resarcimiento momentáneo, una pausa virtuosa en su descarrilamiento moral. Alfarache o Pablos, por el contrario, se niegan a la empatía, nunca se compadecen de nadie. Salvador Aguado Andreut habla de la unión de dos soledades que conversan y cuyas diferencias de categoría en la escala social se anulan por un idealismo pragmático: de esta forma el vil es más

productivo y más apto para la supervivencia que el noble. Ulteriormente, Lázaro y el escudero representan dos modelos distintos del pícaro: el pícaro de baja estofa y pulguiento; el pícaro de la corte y de altos vuelos. Ambos sufren las mismas privaciones máximas: el hambre, la soledad y el silencio. Juntos combaten el silencio poniendo sus soledades en plática, pero sólo Lázaro no tiene lo que no hay que tener para paliar el hambre: honra. Su propio sentido del honor descarta al escudero en la lucha por la supervivencia, lo invalida. Su indefensión es total porque rueda lastrado por un mundo en el que no puede competir debido a la escrupulosidad con la que preserva su honor y su dignidad.

Empero, la ósmosis entre Lázaro y el escudero deviene, postreramente, en el óxido que arruinará el temperamento picaresco en Lázaro, que lo diluye. En el tratado VII explica Lázaro cómo *nos corrieron a mí y a mi amo a pedradas y a palos unos retraídos. Y a mi amo, que esperó, trataron mal; mas a mí no me alcanzaron*. Actitud que contrasta, más adelante en el mismo tratado, con el *yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo. Quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él*. Del egoísmo instintivo, del sálvese quien pueda, de los pies en polvorosa, a los arrestos desafiantes de batirse el cuero con quien haga falta por quien haga falta. Poco antes de esta demostración de agallas, ya se ha obrado en Lázaro la ruptura del ayuno: no padece hambre; y la ruptura de la soledad: se ha casado. Lázaro de Tormes ha abandonado la senda del pícaro, aunque su temperatura moral seguirá rayando en el cero absoluto. De este modo, sella su entrada en el reino de los malditos picados por la pulsión de guardar las apariencias. El pícaro de verdad soporta el deshonor y la insatisfacción con indolencia, es un estoico. Lázaro no solamente defiende su honor y el de su casquivana esposa sino que esta defensa constituye, para mayor *inri*, su categórica, rotunda e inapelable deshonor. En definitiva, Lázaro de Tormes sacrifica su honor para llenar la barriga: llega a puerto, sí, pero en vez de soltar el remo, se tira por la borda.

## La picadura

La desvirginización del himen moral de Lázaro, hasta entonces intacto, se produce cuando el ciego lo empuja contra el toro de piedra. A partir de este nefasto y doloroso episodio, rueda cuesta abajo y el pasado para él se desvanece como por fantasmagoría: se percata de que agua pasada no mueve molino, se arrima a la secta del *carpe diem* y, desilusión tras desilusión, se curte. *Y es porque no queremos ni nos acordamos de más de lo presente*, se sincera Alfarache. Este sentimiento desangelado envuelve a Lázaro en ovillo hasta formar la crisálida de la que, a propósito, habrá de salir un Alfarache campanudo con los brazos en alto. La propia estructura de la obra trasluce una tendencia a la prospección, aun por medio de la introspección: el ingreso para el progreso. No hay regresiones analépticas, el pasado se arrumba, no a un lado, sino más atrás.

El placer siempre le ha estado vetado a Lázaro, y cuando con una pizca de suerte lo atisba por el rabillo del ojo, no sólo la visión resulta fugaz, sino que, para su desgracia, va secundada por una irrupción de dolor. Si a Amadís lo alumbran en el mar, Lázaro nace de un golpe de mar: en efecto, antes de pícaro se es apaleado. La violencia esculpe al pícaro, sin maltrato no hay picaresca, no puede haberla. En términos generales, el pícaro llega un día en que experimenta la luz desde el sufrimiento. Esta luz, paradójicamente, es sinónimo de oscuridad, puesto que, con ella prendida del casco, el iniciado a pícaro se interna bajo tierra rumbo a la penumbra moral. Desde la más remota antigüedad el hado del hombre ha estado sujeto a su inalienable incapacidad de prever. La perdición de la raza humana fue ocasionada, según el mito griego, por la falta de previsión de Epimeteo, hermano del filántropo Prometeo, al aceptar de manos de Hermes a Pandora como esposa. Lázaro encara el camino hacia su perdición tras hacer palmaria su incompetencia en materia de previsión y sufrir en consecuencia el coscorrón que le propina el ciego, tras el cual declarará haber despertado *de la simpleza con que como niño dormido estaba*. Por su parte, Alfarache reconoce que *lo pasado fue cortedad, y tenerla entonces fuera necedad*; y acto seguido dice haberse sacudido la pazguatería *del dedo cual si fuera víbora que me hubiese*

*picado*. El testimonio de Alfarache es revelador por cuanto hace del pícaro secuencia y secuela de la picadura, que, por una vez, no es canal de transmisión sino de aislamiento, no comporta la intoxicación sino la triaca: no inocular el tósigo sino que vacuna contra la enfermedad.

Por supuesto que los protagonistas de las novelas picarescas suelen disfrutar de temporadas prósperas, naturalmente con dineros mal habidos. En esos intervalos, los pícaros se portan como morigerados señores hasta que agotan el dinero, despilfarrándolo o perdiéndolo en el juego. Sin embargo, en un sentido moral, nunca se sustraen al cinismo y a la trapacería con que los inficionó la picadura, siguen siendo pícaros. El mantenimiento de su condición moral representa para el lector un alivio, porque la redención del pícaro atentaría mortalmente contra su entretenimiento. Se ha propuesto una estructura circular sobre la alternancia entre el éxito y el fiasco, entre la travesura y el azote, entre la acción y la reacción, entre el gozo y el pozo. En este sistema pendular de suertes alternantes en la que a un extremo pende la alegría y en el otro la calamidad cabe una objeción: las paladas de cal y las de arena llevan cargas distintas. En el *Lazarillo* las alegrías son efímeras y las calamidades contundentes, conque le equidad no se aprecia por ningún lado. Han de entenderse esos deleites momentáneos como mínimas suspensiones del ánimo asolazado tras las cuales cae sobre la crisma el peso súbito y abultado de la almádena. Este rasgo es característico de los cuentos populares, donde la suerte favorable actúa de prolepsis del desastre y de añagaza para que el personaje se distraiga y baje la guardia.

## 制毒龙

De la picaresca a menudo se ha inferido que lo que se es viene determinado por lo que se ha sido y de esta rara ecuación se deduce en un segundo término que el presente es fruto del pasado. No obstante, en el pícaro no ocurre exactamente así, más bien lo contrario: Lázaro o Alfarache no son tal cual por lo que han sido, y sí por lo que no han sido ni han tenido manera de ser. El pícaro, tarde o temprano, ve siempre sus

esperanzas frustradas. El deseo conduce al fracaso, y el fracaso a su vez genera frustración, que lleva a pique. Eso mismo enseñan las filosofías taoísta y sufí. De taoísmo no se había oído hablar en España todavía en la época del *Lazarillo*; pero el sufismo limaba y pulía las aristas de la conciencia española desde hacía siglos. Si en Dante hay substancias trasegadas del Corán, cuánto más en la Península Ibérica, donde ochocientos años de presencia musulmana dejaron una poderosa e indeleble impronta. El ciego del *Lazarillo* ve con los ojos del interior, con los ojos del alma si se prefiere, ojos que penetran la apariencia y la atraviesan, ojos que ven. Lázaro Carreter atribuye esta idea al *Libro de las consolaciones de la vida humana*, de Pedro Luna: *El hombre cuanto menos ve con los ojos del cuerpo, tanto más ve con los ojos del ánima*. Tal vez el autor del *Lazarillo* la extrajera de esta famosa obra, pero lo cierto es que Ibn 'Arabi con anterioridad y Zhuang Zi casi antes que nadie meditaron sobre ella. A este propósito, explana el sabio taoísta hacia el siglo IV a.C. en uno de sus *Capítulos interiores*:

*Unifica tu voluntad.  
No oigas con tus oídos,  
oye con tu corazón.  
No oigas con tu corazón,  
oye con el soplo vital.  
El oído se limita a oír,  
el corazón, a corresponderse con las cosas.  
En cuanto al soplo,  
su vacío acoge a la totalidad de los seres.  
Solamente el Tao se posa en el vacío.  
El Gran Vacío es la abstinencia del corazón.*

Las hermosas y metafóricas palabras de Zhuang Zi han de interpretarse como una invitación a oír con aquello que se tiene de universal en sí, aquello interior que es exterior y que, por tanto, concilia lo de dentro con lo de fuera. Porque escuchando con el corazón se es esclavo de las propias pasiones y de los fatídicos prejuicios que impiden distinguir lo real de lo aparente. En este punto, el *Lazarillo* se entiende como un enquiridión del pícaro cuya lectura entrena el alma para tolerar el deshonor y el acíbar de la insatisfacción. El pícaro, además de astuto y su-

brepticio, es estoico y escéptico: es monje taoísta y es derviche sufí.

Tomando el hilo del libro como pedagogía, la complejidad psicológica del *Lazarillo*, su porte desestereotipado, lo invalida como modelo ejemplarizante. Esta eventualidad, empero, lejos de restarle posibilidades didácticas, cava dos vías dables de aprendizaje: el cauce de la picaresca y el cauce de la honradez. Así de fácil: quien decida ser pícaro que aprenda de los errores de Lázaro; quien decida ser honrado que actúe de modo contrario a como lo hacen los amos.

### La fragua

El género de la picaresca trasmina por una galería subterránea cuyas paredes están pintadas con tipos deformes, grotescos y esperpénticos: el ciego resabiado y avaricioso, el clérigo ruin, el escudero presuntuoso y vacuo, el fraile mundano y pederasta, el buldero inescrupuloso, el arcipreste lascivo y concubinario. Una feria espantosa de horrores morales desfilantes. Lázaro Carreter recalca que no hay caballo al que no se le alargue el cuello: no hay vieja que no sea alcahueta, moza que no picotee en meretriz, mesonero que no robe, cura que no ceda a las bajas pasiones, escribano que no estafe, tendera que no sise. En fin, un oráculo que profetiza el esperpento. Dicho de otro modo: la picaresca chozpa por los barrizales del callejón del Gato, antes que Goya, mucho antes que Valle-Inclán. A este propósito, sirve de epítome la explicación de Max Estrella en *Luces de Bohemia: Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos* [del callejón del Gato] *dan el Esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada*. Y seguidamente: *España es una deformación grotesca de la civilización europea*. No extraña, por tanto, que Marasso vea en Lázaro un hombre oscuro, siniestro casi, situado en las antípodas del concepto renacentista de la luz y de la dignidad del hombre. Esta sensación es coherente con la España oscurantista de la época, que solamente captó destellos fugaces de la luminosidad que irradió Italia a Europa.

No tanto en la vida de Lázaro de Tormes cuanto en las deformidades de sus amos se adviene el busilis del *Lazarillo*. Lázaro es víctima y es testigo, cuenta sus vicisitudes pero sólo en lo que concierne a los amos, de cuya conducta es testigo de vista y de cuyas acciones es víctima impenitente. No está por la labor de relatar lo que le ocurre durante los intervalos en que deambula sin amo, pierde cuidado en ello. Como Pármeno, en *La Celestina*, Rampín en *La lozana andaluza*, o Galterio en *La comedia tebaida*, Lázaro es mozo de una cáfila de amos. Pero sus amos, en contraste, no responden a ningún nombre; relegados a la anonimidad, están conjurados según su condición, su oficio y, sobre todo, sus cualidades morales. En el Renacimiento las formas prescinden del valor que se les asignaba como símbolo y como *alieniloquio* o alegoría al modo medieval, para ser arabescos o revestimientos de un proceso dinámico cuyo grado de abstracción crece en progresión geométrica. El Renacimiento reduce y homogeneiza los ángulos de la realidad. Los amos de Lázaro de Tormes funcionan igual que abstracciones puras, cifras, algoritmos sin ni siquiera el reclamo de un nombre. Lázaro mismo, aunque provisto de nombre, es una entelequia en cuanto que será lo que ha de llegar a ser.

Lázaro, en hebreo *Elazar*, significa protegido de Dios. Por una vez, *nomen non est omen*. Es Lázaro paradigma de los desamparados y no hay Cristo que se digne a resarcirlo. La sangre que le corre por las venas, la educación que ha recibido, y sus experiencias vividas le valen a Lázaro, simultáneamente, para justificar su estado. Lo mismo que Alfarache, achaca su mala vida a la herencia familiar, a los malos ejemplos y a los hábitos adquiridos junto a perniciosas compañías. En rigor, pues, Lázaro, dada su condición y procedencia, no podía aspirar a ningún *buen puerto* tal y como mandan los cánones, ni tampoco a verse involucrado en casos formidables con que justificar la publicación de una carta autobiográfica. Santo Tomás de Aquino en la *Summa Theologica* entiende que la moral se ordena al bien común de la vida humana toda. Empero, no hay forma humana de ser virtuoso para quien, invisible a los ojos del mundo, ni siquiera existe. Y cómo ha de tener conciencia, ni

cargos en ella, alguien sin derecho a efectos jurídicos y sociales. Y sin embargo, se mueve. El acierto del incógnito autor del *Lazarillo* estriba en poner la narración en la voz de un yo sujeto que, a priori, no posee la capacidad ni la autoridad moral para hacerse oír.

El hombre ha soñado desde siempre con imitar a Dios, igualarlo, ser él. Visto así, nadie irriga tanta hombría como Abulafia, quien empuñó su vida en desentrañar el Tetragrámaton. El concedor de este arcano accederá a la inmortalidad y a la hegemonía, entre otras cosas. La inmortalidad y la hegemonía seducen, a qué negar las evidencias, pero son esas otras cosas a las que aspira con mayor fervor Abulafia, el cabalista y, por extensión, el hombre. A saber: crear planetas, ponerlos en órbita y originar mundos; levantar formas, integrar en ellas el circuito de la vida, engendrarse a sí mismo una y otra y otra vez. Un sucedáneo para esta loca ambición es la literatura. El escritor actúa como un demiurgo, obra universos y los puebla de seres vivientes (no necesariamente eseyentes). Unamuno o Borges, para ser, o parecer, originales, invertirían la correlación subordinando el escritor a los entes de su imaginación. Modernamente, Dios ha sido reducido a triángulo equilátero. El triángulo es geometría y, por tanto, matemática. De esto se deduce que Dios mismo es pura matemática. Pero las matemáticas son invención del hombre. Se produce aquí una de las más sensacionales paradojas de la historia: la creación del creador por lo creado. He aquí la razón de que, en un siglo XVI no aclimatado a tales álgebras, el *Lazarillo* revolucionase.

Se dijo que con frecuencia al lector le sobreviene la certidumbre de que el autor del *Lazarillo* funge de alquimista. Se avisó también de que se trataba de una percepción equivocada. Una lectura detenida reemplaza aquella certidumbre por una fugaz sensación, y todo el mundo sabe que las sensaciones, aun cuando gratificantes, no son de fiar. Más aún: una extenuada lectura revela que no es el autor incógnito quien fragua la figura de Lázaro de Tormes, sino los amos: si hay alquimia ellos mezclan los reactivos y destilan el elixir. De hecho, el autor no parece ni siquiera arrojar a Lázaro al mundo para abandonarlo a su suerte: Lázaro ya estaba allí. Cada uno



de sus amos siembra en él una faceta, o la incentivo. Son maestros para el muchacho, y también los rivales con los que forcejea y somete a examen sus destrezas e industrias. Ellos imprimen su huella, imparten sus lecciones, aporta cada cual su granito de arena: el ciego lo espabila, el escudero le descubre que *debajo del sayal* puede haber *ál*, el buldero le enseña a aprovecharse de las supersticiones de la gente, etcétera. Evaluado así, Lázaro tiene semblanzas y reminiscencias con Pandora, si no recuérdese el mito: Zeus le encarga a Hefesto, el constructor de autómatas, la fabricación de una bella figura femenina, de aspecto idéntico a las diosas e igual a ellas en magnetismo. Luego ordena a Atenea que enseñe a esta recién formada a tejer, a Afrodita que infunda en ella gracia y seducción, a Hermes que la dote de un talante desvergonzado, de un ánimo taimado y voluble, y la adiestre en los secretos del lenguaje enigmático. Así surge, adornada por todos, la primera mujer: Pandora. Salvando las distancias, en la fragua del primer pícaro, de Lázaro de Tormes, sus distintos amos intervienen y son cómplices en su creación, como lo fueron Hefesto, Atenea, Afrodita y Hermes en la de Pandora.

### Dionisismo

Lázaro y Celestina se hubieran llevado la mar de bien. Ambos son criaturas del sórdido inframundo de las cloacas sociales; en ambos se evidencia la adicción al vino; Lázaro acaba en esposo de una mujer cuyo perfil encaja con el de las rameras de Celestina; ambos, en las largas noches de insomnio, puede que contaran bodigos tiernos en lugar de blancos corderitos para conciliar el sueño; los dos dan fe de que el hambre agudiza el ingenio y alerta los sentidos; tanto Lázaro como Celestina alojan en la punta de la lengua la cita evangélica que califica de bienaventurados a los perseguidos por la justicia; tía es la fórmula de tratamiento con que los personajes de *La Celestina* se dirigen a la vieja alcahueta, y Lázaro tiene por sana costumbre llamar tío al ciego.

Sin abandonar el néctar de la vid, hay que reconocer que Lázaro, al igual que Celestina, presenta rasgos báquicos en su definición. La

afición al vino no solamente la comparte Lázaro con la medianera o con infinidad de personajes de las comedias de Plauto sino también con el mismísimo Abú Nuwás, grande entre los grandes, el más excelso poeta árabe de la *jamriyyat* o género báquico, prototipo además del personaje bohemio, bebedor y truhán de *Las mil y una noches*. Además, Lázaro es sanado en varias ocasiones mediante friegas de vino; el vino, por tanto, tiene propiedades curativas, si no salutíferas. Su camaleonismo, su ambigüedad andrógina y su invariable condición de forastero, aproximan al Abú l-Fath de las maqamat a la exuberante figura del dios Dioniso. También Lázaro de Tormes, y el pícaro de la tradición española, es un advenedizo por cuanto sale afuera, hacia el exterior. Como Dioniso, Lázaro siempre está en camino y, una vez llegado a *puerto*, encuentra trabajo como pregonero de vinos. Mientras, los amoríos de su mujer y el Arcipreste de San Salvador le encasquetan las dionisiacas astas, no fulgentes, pero sí muy cabrunas. Por último, el con ironía llamado banquete que celebran al alimón Lázaro y el ciego consiste en un racimo de uvas; la espada que se compra y ciñe sugiere un signo o símbolo fálico; y en el tratado IV se insinúa una posible iniciación de Lázaro en el sexo homosexual.

### Lázaro de Tormes y la belleza en él

Al igual que en los libros de caballerías<sup>3</sup>, una de las vértebras más nudosas de la picaresca se articula en torno al desplazamiento del personaje. A ningún crítico se le ha ocultado que el pícaro se caracteriza en parte por su movilidad:

<sup>3</sup> Además, si el oficio de caballero andante es incompatible con una vida tranquila y sosegada al lado de la amada, la del pícaro no lo es menos al lado de un amo perdurable. La obligación de ambos, de caballero y pícaro, es echarse al camino y a las plazas con sendos propósitos: la fama por la vía de las armas y el valor, en el caso del caballero; la prosperidad por la vía del ingenio y la maña, en el caso del pícaro. Pablos confiesa que albergó *pensamientos de caballero desde chiquito* y que nunca se aplicó para ser barbero, como su padre, ni tampoco brujo, siguiendo el ejemplo de su madre. En efecto, ahí se ve, lo suyo era andarse. Por su parte, Lázaro sale en busca de buen puerto; y Alfarache marcha para Italia al encuentro de su noble parentela.

no para quieto. Su cometido es andarse, salir, combatir el sedentarismo, trotar por el mundo encarnando una especie de beduino suburbano, desahuciado y mala sombra. El pícaro tiene las agallas del *homo viator*, del peregrino errante, aunque su manera de afrontar el viaje sea distinta<sup>4</sup>.

Si el pícaro se caracteriza por su movilidad, el nombre de Lázaro no puede ser más evocador. Existe la creencia de que después de apartada la losa que obstruía la entrada al sepulcro en el que descansaban los restos mortales de Lázaro de Betania, Jesús dijo con voz estentórea: ¡Lázaro, ven fuera! O según otras versiones: ¡Lázaro, levántate y anda! No importa cuál de las dos exhortaciones sea la más fidedigna, en ambas el imperativo coincide: ir afuera, andarse. Su nomadismo de desposeído le brinda a Lázaro de Tormes la oportunidad de clavar el ojo en la sociedad, aprehender sus comportamientos y comentar lo que va viendo. Asiste como espectador a un número de prestidigitación cuyo truco conoce de antemano, lo cual le confiere la ventaja del que está sobre aviso y a la par lo convierte en un paria incómodo y molesto porque señala insolentemente con el dedo y hasta hurga con él en la llaga. En este sentido el pícaro está hecho de azogue. Funciona como un espejo andante, porque merodea, fisga y cuenta. Por ende, vale decir que refleja. Mas, a raíz del solipsismo subyacente a la forma autobiográfica en primera persona, el relato refiere no ya lo que sucede sino lo que el protagonista ve (y ver aquí tiene algo de interpretación, por cuanto que la vida se mueve, y el movimiento no puede ser preso sino desde la subjetividad) lo que está sucediendo y que de alguna manera le afecta.

Por su movilidad, Lázaro transmite siempre la sensación de servir al lector del mismo modo en que Virgilio guía a Dante por los círculos de la *Divina Comedia*. Lázaro muestra a través de sus ojos el averno de la corrosión moral. El pícaro vagabundea por un mundo de hambrientos caminantes, en el filoso extrarradio de una sociedad estratificada que le escatima los instantes placenteros y apacibles. Por defecto, la sociedad tiende a deshacerse de lo heterodoxo, a centrifugar lo disonante: expulsa lo extraño, y tilda de excéntricas a las moléculas inarmónicas o transgresoras de su ecosistema. Luego las margina, las proscribe y, finalmente, con licencia para ello, las persigue y les da caza.

Retrocediendo a más no poder, se cree que al principio la oscuridad se balanceaba sobre el abismo, la Noche de los Tiempos es el nombre con el que se conoce este siniestro periodo, Noche Primordial según la nomenclatura de la tribu de los órficos. Originalmente existió la supresión o ausencia de todo, el signo gigantesco de negación, un no rotundo. A pesar de este lazo *todavía no*, casi todas las cosmogonías concuerdan en que el Ser Primigenio nace de un acto de separación, y no, como cabría esperar, de un apareamiento. Dos entidades demiúrgicas, no se sabe cómo pero preexistentes, por lo común asociadas a meteoros, cuando no al cielo y a la tierra, después de haber permanecido íntimamente adheridas durante un tiempo sin tiempo incalculable, al fin se desgajan, a raíz, también por lo general, de una acción cargada de violencia. Lógico sería pensar que de esa desunión se crease la nada, puesto que cuando dos magnitudes se repelen aparece entre ambas un espacio vacío: el vacío es nada. Antonio Machado, o su heterónimo Abel Martín, cuestionó este pretensio, y apelando al sentido común escribió un maravilloso poema cuyo primer verso, *cuando el ser que se es hizo la nada*, valga quizá tanto como una cosmogonía de siete volúmenes.

Tras este hiato cósmico, el vacío fue desterrado a los bordes, arrumbado hacia un ostracismo de cantiles, extraditado a los confines donde las leyes físicas fallan y no son, por tanto, fiables. En esos arrabales siderales pernoctan las singularidades con las fauces abiertas como grutas, los hoyos negros, los agujeros de gusano, las

---

<sup>4</sup> Karl Vossler sostiene que por vagabundo y pedigüeno, por su caminar con espíritu casi religioso de peregrino, coexisten en el pícaro el pillastre y el asceta: la rapiña y la imperturbabilidad. Preanunciando el pesimismo barroco, el pícaro nada entre la ilusión y el fracaso, entre las expectativas que ofrece el mundo y la decepción reiterada. Verdaderamente, los límites constrictores de la libertad espiritual y la corrupción social deforman la conciencia y hacen del hombre un ser desconfiado, burlón y manipulador, escéptico en cuanto a la salvación terrenal.

lluvias de asteroides, las nebulosas; lo abominable, lo incompleto, lo esporádico, lo equívoco, lo ambiguo: la belleza en sí. En este estado de imperfección radica el secreto de su belleza insuperable. Ergo, la hermosura de Lázaro supera a la de cualquier otro personaje picaresco por cuanto se trata de un pícaro en fáfara, inconcluso. Las nubes son las criaturas más hermosas de la creación porque contienen en su potencia todas las formas en proceso de gestación interminable.

Contemporizando, habrá que pensar que la nada cataliza lo útil. Los antiguos no eran unos zonzos mentecatos ni sostenían una concepción hebén del mundo. Sus razones tendrían para decir lo que dijeron. Congeniar la idea de la división, del alejamiento y de la distancia, con la del Ser no se antoja sencillo. Lao Zi, no obstante, había resuelto ya el acertijo antes incluso de su planteamiento:

*Moldeamos arcilla para hacer un jarro;  
pero es en el espacio vacío  
donde reside la utilidad del jarro.*

## خبز و حشيش و قمر

Leer el *Lazarillo* da que pensar. La novela es corta, breve, pero suficientemente intensa como para sacudir el pabellón sináptico del cerebro. Sobre todo por sus casi ilimitadas referencias de amarre: *El conde Lucanor*, el *Amadís de Gaula*, el *Libro de Buen Amor*, *La Celestina*, el *Satiricón*, la *Odisea*<sup>5</sup>, etcétera. Se ha de estar de acuerdo con

<sup>5</sup>Marasso relaciona la vida azarosa de Lázaro con la de Odiseo. Sin embargo, entre los anhelos del protagonista de la novela española nunca figura el regreso a su solar. Pudiera parecer que ambos encarnan personajes desafortunados perseguidos por la adversidad, mas Ulises sobrevive siempre a los naufragios, se le permite el descenso con vida al Hades y volver de allí al mundo de los vivos con nuevos conocimientos; las ninfas, musas y hechiceras más bellas lo acogen en régimen de mancebía, su mujer le ha sido fiel durante su prolongada ausencia. No, Ulises no es un desgraciado. Por si fuera poco, el héroe de la *Odisea* es rey de Ítaca, mientras que Lázaro es un despojo. Ulises y Lázaro no se parecen en nada salvo en la arteria y astucia a la que ambos deben su fama universal. Sea como fuere, el autor del *Lazarillo* obvio que conocía los clásicos, y entre

Alberto Blecua en que los episodios narrados en el *Lazarillo* provienen de una heterogénea tradición folclórica. Hubo de existir, amén de los bíblicos Lázaro de Betania resucitado por Cristo y el misérrimo Lázaro que se alimentaba de las migas que caían de la mesa de su tiránico amo, un Lázaro proverbial, orate redomado que *cabalgó sobre su abuela*, cuya explícita mención se localiza en *La lozana andaluza*. Los engaños de zagales a ciegos, por ejemplo, están documentados desde antiguo. Asimismo, Lázaro nace en un entorno acuático cuando el folclore rebosa de concepciones y nacimientos en el agua. En este sentido, el alumbramiento de Lázaro en una aceña, cerca del río, rodeado de agua, presupone un nacimiento más acorde con el de un Mesías anunciador que con el de un pícaro, lo cual vale efectivamente para poner en solfa todo un rimerero de mitos: Afrodita surgiendo de la espuma del mar, Moisés a bordo de una canasta bajando por las aguas del Nilo, Amadís de Gaula apodado el doncel del mar, etcétera. Por lo que respecta a la catadura del pícaro, ya en varios *exempla* de *El Conde Lucanor*, don Juan Manuel convoca a varios tipos astutos, que él llama golfos, y que son auténticas prefiguraciones de los pícaros de los siglos XVI y XVII.

No aspiran a secreto sumarísimo las obras cuyos ecos suenan más nítidamente en el *La vida de Lazarillo de Tormes*. En ella concurren con desinhibición las comedias de Plauto y Terencio con su lenguaje realista y el descaro de algunas de sus escenas, el *Satiricón* de Petronio, *La Celestina* de Fernando de Rojas, el *Moriae encomium* de Erasmo, el *Retrato de la Lozana Andaluza* de Francisco Delicado. Otro distinto y sutilísimo cantar, empero, lo constituyen algunas tradiciones de carácter subcutáneo que prodigan aromas por sus páginas, desde las colecciones gnómicas de apólogos de origen indostaní hasta las maqamat de al-Hamadani y las inolvidables *Alif leila wa leila*.

ellos a Homero. De modo tal que el amo ciego de Lázaro remeda paródicamente a Tiresias, por supuesto sin el halo de santidad que nimbaba al adivino griego. El ciego del *Lazarillo de Tormes* encarnaría el lado oscuro de Tiresias, su trasunto depravado y grotesco, la profecía y el presagio degradados a pálpito y a corazonada.

De inmediato, la imagen de Zaide, el padrastro negro de Lázaro, evoca a los fornidos mamelucos de *Las mil y una noches*. Ibn Guzmán, el mayor y más afamado zejelero andalusí, es el artífice del binomio asociativo cebolla y pobreza, uno de los más productivos y fecundos del acervo literario español, sobre todo por lo que respecta al género picaresco. Lázaro barrunta ensismado que le cumple avivar el ojo, *pues solo soy*, mientras que Abú I-Fath al-Iskandarí advierte a su hijo que *de carne no existe sino la tuya, no te vea yo comerla*. Naturalmente, los padres siempre transmiten prudencias a sus hijos, así, a Lázaro aconseja su madre hacer siempre lo que viere allá donde estuviere, sana costumbre ésta que, casualmente, tipifica una de las máximas de Abú I-Fath:

*Tiempo, estado y origen cambian de consuno.  
El Destino varía mi patria si le harta,  
nabateo anochezco y árabe alboreo.*

Cuando Lázaro alaba las destrezas del ciego, recuerda a 'Isá Ibn Hisham cuando en las maqamat encarece las acciones de su maestro Abú I-Fath. En el tratado III, Lázaro tropieza con un entierro y el miedo se le mete en el cuerpo al escuchar: *¡A la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca comen ni beben!* Repárese en que este lamento desgarrado está calcado de un chascarrillo de origen árabe que ya contaba en el siglo X al-Bayhaki y que seguía propagando Ibn 'Asim en la Granada nazarí hacia el 1400. El autor del *Lazarillo* hubo de conocerlo probablemente por transmisión oral, de oídas. Por último, no hay que ser un dechado de clarividencia para percatarse de que en el *Lazarillo*, como en general en toda la literatura española, ocupa tribuna de preferencia el acervo popular, tan frecuente en la literatura árabe. El gusto por el injerto de expresiones llanas, refranes, metáforas, dichos, etcétera, rezuma savia arábiga<sup>6</sup>. Desde luego, el español es una lengua

más austera que el árabe en materia metafórica y florituras lingüísticas. En árabe la metáfora es hiedra, reposa en lo cotidiano, está imbricada, si no enredada, en cada fibra del lenguaje.

Torciendo un poco la derrota, cree Martí de Riquer que el erasmismo en el *Lazarillo* no es de bulto, aunque su anticlericalismo sí lo sea. Quizá la obra no fuera siquiera tan erasmista como los propios erasmistas, exaltados, suponían. Bataillon, por ejemplo, sostiene que los eclesiásticos del *Lazarillo* no adolecen de falta de fe, como los clérigos criticados por el erasmismo, sino de decoro social, de pundonor y de sobriedad. En cambio, Márquez de Villanueva y Joseph V. Ricapito están seguros de que la obra es fruto de una mente erasmista. Sus argumentos, empero, se desmontan con facilidad por inconsistentes. En el *Enquiridión*, Erasmo solicita del lector el esfuerzo de discernir entre los significantes y los significados para descender desde la superficie de lo anecdótico hasta las simas del provecho intelectual. Con siete siglos de antelación Ibn al-Muqaffa se dirige al lector de su traducción del *Calila e Dimna* en casi idénticos términos. Erasmo comprende la vida como lucha, efímera y repleta de obstáculos y reveses. Esta visión coincide con el *Lazarillo*, pero también con cualquier obra literaria de ficción, por cuanto la literatura se funda en el escollo que dificulta la consecución de un fin: de la refriega surge, como una Venus, la materia prima de los acontecimientos. La paz y el sosiego, las cuencas geográficas de lo sereno y plácido, no apetecen al gusto literario. Trata Erasmo las locuras del mundo, las muertes ridículas, las supersticiones. Ya en las maqamat se ponen sobre la mesa las locuras del mundo, las muertes ridículas y las ridículas supersticiones. Erasmo ataca a los aduladores y a los avarientos, lo mismo que al-Yahiz, nada más y nada menos que en el siglo VIII, en su *Libro de los avaros*. La actitud de Lázaro hacia el escudero está nimbada con un halo casi neo-testamentario, lo que para no pocos enrola al gánapiro en el bando

<sup>6</sup> Ya las maqamat habían creado un vigoroso nexo entre la literatura popular y la literatura culta: sermones, aleyas del Corán, chistes, cuentos, referencias históricas y literarias, alegorías, proverbios, mezclados y removidos. De modo similar a la novela picaresca española es frecuentísimo el uso de paremias, aunque a diferencia de aquélla en las maqamat se intercalan también poemas,

ya, con una insistencia exquisita, el autor se regocija en la paráfrasis y en el acertijo, en el rodeo y en los circunloquios. Refiriéndose al dinero dice al-Iskandarí: *tráeme un enemigo en hábito de camarada sincero, amarilla la color, que invite a la herejía y baile entre las uñas, redondo como el sol, que mengüe el peso de las deudas y cuya hipocresía adopte dos caras.*

erasmiano. Con algo de optimismo, se puede creer en el hombre, en que sentimientos como la amistad, la piedad, la compasión y la empatía están instalados en el sistema límbico del cerebro de cualquier persona buena. Lázaro siente honda simpatía por el escudero y lo ama, nada más. El amor visceral, antidogmático y espontáneo, dispensador, comprensivo, dadivoso, limpio del pringue de la hipocresía, no solamente es atribuible al cristianismo primitivo y al erasmismo, sino a cualquier ser provisto de buen corazón.

Por su parte, Francisco Rico postula una conexión cósmica y vital entre *El asno de oro* y el *Lazarillo*: Apuleyo cuenta en primera persona sus trabajos, sus fortunas y adversidades, su agibilibus como único medio de subsistencia, su condición de mozo de muchos amos y el hambre, los malos tratos y las penalidades que éstos le infligen. Todo ello entreverado con la sátira social y religiosa. Lucio en su viaje a Tesalia es transformado mágicamente en un asno. Antes de que le ocurriera esta desgracia había pasado las de Caín con el avaro Milón que lo mortificaba de hambre. Bajo la forma de asno, Lucio servirá a una diversa caterva de amos hasta que se le restituya su naturaleza original. Según Carlos García Gual, en el ciclorama social que durante su peregrinaje el asnificado Lucio va descubriendo se aprecia un gusto intenso por el pintoresquismo. De esta característica, sin duda, participa el *Lazarillo*, el cual parece seguir las directrices de Apuleyo, aunque no quiera ni oír hablar de metamorfosis, ungüentos, atanquías y prodigios: usa un prisma y no un calidoscopio con el fin de dotar de verosimilitud a su historia. Sin embargo, poniéndolo sobre la platina del microscopio y escrutando por el ocular, el prisma no está esterilizado y se detectan en el vértice destellos poco menos que calidoscópicos. En física existe un axioma según el cual la energía ni se crea ni se destruye, sencillamente se transforma. Excusa decir que todo es energía; también la literatura. Desde esta perspectiva cabría catalogar como una metamorfosis el trastocamiento que Lázaro experimenta en su dimensión moral, partiendo desde su estado de pureza inicial hasta su conversión en pícaro. Por otro lado, el vino con cuyas friegas sana Lázaro qué es sino un bálsamo

milagroso; y también hay lugar para las apariciones. Simplemente se ha atenuado la densidad fantástica con una fina película de cotidianidad: la pócima o loción mágica se suaviza en el vino, el espectro casi se antoja de carne y hueso en la figura del escudero, y la transformación física se trasvasa al plano moral interno, sin que se produzcan espectaculares repercusiones en la fisonomía. De nuevo, la irrealidad dentro de lo aparentemente real, la milagrería sin estentóreos efectos, las facecias de sortilegio, el gato por la liebre, en fin, la ascendencia arábiga.

### Afluencias del Ganges

Tanto por vía escrita como por transmisión oral, un inmenso caudal cuentístico procedente de Oriente se introdujo en la España medieval y en su conciencia<sup>7</sup>. Que árabes, hebreos y cristianos convivieran en el mismo suelo favoreció el intercambio de narraciones y sentencias, a las que tan afectos eran los pueblos orientales. Era de fácil pronóstico que hubiese una dilatadísima época de asimilación de la cultura oriental por parte de los cristianos.

Los límites entre las colecciones de cuentos y las de sentencias son cuando menos difusos porque suelen entremezclarse. En el *Panchatantra*, fuente del *Calila e Dimna*, se recogen normas de conducta práctica, destinadas a la educación de futuros gobernantes. Su misión consiste en inculcar el *niti*, esto es, la facultad de adaptarse a las circunstancias concretas, implementar reglas generales a una situación dada y reconocer las verdaderas intenciones de los demás. De ahí el movimiento pendular-dialéctico en que se funda esta literatura, basculante entre lo abstracto y lo concreto, entre las verdades universales y los ejemplos de aplicación particular. El poder de adaptarse sin traumas a la coyuntura, a lo súbito inesperado y a lo porvenir se llama versatilidad. Precisamente de su versatilidad sin par depende

<sup>7</sup> Durante la segunda mitad del siglo XIII se traducen, a parte del *Calila e Dimna* y del *Sendebär*, otras obras de tenor sapiencial: *Poridat de poridades*, *Libro de los buenos proverbios*, *Bonium o Bocados de oro*, *Flores de filosofía*, etcétera, de vital trascendencia para la gestión y origen de la prosa literaria castellana.

la supervivencia del pícaro y de ella dimanar sus proezas.

En el *Calila e Dimna*, al igual que en la mayoría de las obras de carácter gnómico o sapiencial, aparece el concepto de la *traslatio studii*: el viaje concebido como vía para el logro del saber y del conocimiento. Salvando las distancias, sin pretensiones místicas, alquímicas o filosóficas, el pícaro, incapaz de asentarse, emprende una suerte parecida de aventura iniciática, cuyas etapas le han de procurar las solerías que, a posteriori, lo ayudarán a medrar. Si el *Calila e Dimna* es considerado un espejo o regimiento de príncipes, cabría calificar el *Lazarillo* de enquiridión del pícaro. Donde aquél expone un modelo político y moral útil para los moradores de la corte, éste enseña a moverse con soltura por los arrabales. Si de aquél se deducen la prudencia, la mesura y el conocimiento del prójimo como principios luminosos del buen gobernante, de éste se coligen la astucia y el ingenio para la mofa y la mendacidad como materias en que ha de sobresalir un pícaro. Con todo, en el *Calila e Dimna* también se pondera la sagacidad, el apercebimiento y la trapacería. De la obra se deduce que sólo estas cualidades garantizan el éxito en situaciones difíciles o comprometidas, que vale más maña que fuerza. Por ende, aunque la prudencia aconseje no enfrentarse nunca a los poderosos, cuando no haya otro remedio que la confrontación, se recomienda recurrir a la picardía y al embuste antes que a la fuerza bruta con todas las de perder. Desde luego, no hay alumno más aventajado en esta asignatura que el pícaro.

El prólogo de Ibn al-Muqaffa en su traducción del *Calila e Dimna* proporciona consejos para el óptimo aprovechamiento de las enseñanzas del libro. Se insiste en la importancia de leer bien y ser capaz de distinguir la "corteza" del "meollo", es decir, discernir entre la *sentio* o apariencia fisonómica y la *sententia* o realidad aprensible. Autores como Berceo o Juan Ruiz retomarían esta idea, al igual que el autor del *Lazarillo*. Por otro lado, según al-Muqaffa, el saber *non acaba sinon con la obra*. Hay que poner en práctica, efectuar lo aprendido, porque de lo contrario el conocimiento se torna estéril. Semejantemente, el saber es inoperante si no se

transmite. Por tanto, los pasos a seguir son leer, asimilar, aplicar y comunicar. Esta misma directriz se advierte en el *Lazarillo*, y Lázaro apenas se desvía de ella: observa aquello que lo envuelve como si lo leyera con detenimiento, lo aprehende, lo pone en práctica y lo transmite a través de una epístola figurada. Como al-Muqaffa y el Arcipreste de Hita, el autor de el *Lazarillo* también avisa a sus lectores que a ellos compete la responsabilidad de elegir entre sumergirse hasta tocar fondo o contentarse con nadar por la superficie: *Pues podría ser que alguno que las lea [las cosas nunca vistas ni oídas] halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite.*

### El encanto de las maqamat

Consistentes, *grosso modo*, en un rimero de microcuentos autónomos con un mismo protagonista, las maqamat son un género literario típicamente árabe. Su origen es oscuro, aunque casi con seguridad hubo de incubarse en plena fragmentación del califato abbasí. En las tertulias de aquel esplendente siglo VIII se narraban historias picantes y fueron objeto de especial atención los falsos mendigos y los místicos farsantes, quienes no solamente figuran en la nómina de la literatura popular, como *Las mil y una noches*, sino también en la de próceres y eruditos. Una eminencia como al-Yahiz consagró a esta calaña de limícolas extramuros dos opúsculos, de los cuales únicamente se conservan los nombres: *Tretas de los falsos pobres* y *Costumbres de los malandrines*. En esta misma categoría habría que incluir uno de los libros más curiosos de la literatura árabe: *Hikayat Abí l-Qásim*, del casi desconocido Abú Mutahhar al-Azdí, y las maqám de Ibn Qutayba, hazañas de bribones atribuidas a un solo personaje y que recibieron aisladamente el nombre de maqama, esto es, sesión o descanso, acepción esta última que se emplea en *La vida de Marcos Obregón*, y cuyo plural, maqamat, sirve para designar genéricamente las obras que las contienen. El más antiguo ejemplo conservado, escritas en prosa rimada, son las de al-Hamadani.

Abú l-Fath Ahmad ibn al-Husayn al-Hamadani, apodado *Badi' az-Zamán* 'la maravilla del tiempo', nació en Hamadan, Persia, en el 968 d.C. Durante su estancia en Rayy, capital del sulta-

nato Buyí del norte de Persia, frecuentó los arrabales, auténticas galaxias para la transgresión y los excesos, donde entró en contacto con tahúres y noctámbulos locales, y con el poeta bohemio Abú Dulaf. Estas excursiones a los más reputados lupanares determinaron la concepción y el desarrollo posterior de su gran obra: las maqamat. Porque este codeo con los bajos fondos habría impregnado las maqamat de ironía, de desesperanza y de un anhelo utópico de regeneración. En este mismo deseo de regeneración hunde sus raíces el *Lazarillo*.

La *Maqamat* de al-Hamadani consta de 52 cuadros o episodios, protagonizados por el pícaro Abú I-Fath al-Iskandarí, personaje inspirado quizá en el nocherniego poeta Abú Dulaf, protegido de Ibn 'Abbad. Con exclusividad, las maqamat narran las proezas, encantamientos y gestas de Abú I-Fath, el pícaro, y diseccionan los aspectos esenciales de su genio incomparable, sus embrollos, las artes y solerías que pergeña para salirse, airoso, con la suya. Cierto que los ambientes son variopintos, desde sínsoras íngrimas, desiertos, oasis, aduares de jaimas, hasta urbes tumultuosas con sus mercados, zocos, bazares, alcaicerías; y que el desierto es a las maqamat lo que el bosque a las novelas de caballerías españolas: lugar de ingreso, introspección y reconocimiento interior. No obstante, al igual que la picaresca, el género de las maqamat es fundamentalmente urbano. Las aventuras de 'Isá Ibn Hisham, durante las cuales siempre acaba topando con Abú I-Fath, recorren Bagdad, Basora, Kufa, Mosul, Balj, Damasco, etcétera, y cada cuadro se consigna bajo un epígrafe en el que, por lo general, se alude a la ciudad donde transcurre la acción.

El desarrollo de la vida urbana, del comercio y de una mentalidad mercantilista no podían menos que incidir en el sistema de valores de la sociedad, con la consiguiente aparición del individualismo, del desencanto y de profundas crisis en las convicciones y en los comportamientos tradicionales, lo cual prodigó el apetito por la exaltación de los vicios, por los antihéroes y por la negación o puesta en duda de la axiología anterior. A raíz de esta iconoclasia, crece el interés por los desposeídos como pretexto literario: predicadores harapientos, anacoretas, ladrones,

mendigos con el pico de oro, y, por supuesto, pícaros<sup>8</sup>.

María Rosa Lida de Malkiel ve en las maqamat de al-Hamadani uno de los gérmenes tanto del *Lazarillo* como del *Libro de Buen Amor*. En particular subraya la tradición autobiográfica de las maqamat. No obstante, pisando el odioso terreno de la disensión, las maqamat originalmente no son autobiográficas. Aun cuando autor y protagonista coinciden, se crea un narrador intradieético, 'Isá Ibn Hisham, que reseña las aventuras del pícaro Abú I-Fath, quien es actor pero no narrador. Así, al-Hamadani, autor de los maqamat, se vale del viajero Hisham para contarse a sí mismo. Es curioso apreciar cómo Ibn Hisham considera a Abú I-Fath maestro y de él aprende trampas y cartones. Hisham no es el pícaro que, como Lázaro, cuenta su vida y penalidades, sino que describe las acrobacias de ingenio del pícaro de verdad, Abú I-Fath, las estudia, practica, yerra, acierta, y a modo de colofón resume lo aprendido en un sucinto poema:

*Por el sustento usa de cualquier industria,  
no te contentes en situación ninguna,  
ni te cohibas ante cosa alguna,  
pues el ser humano es inepto sin remedio.*

Aparte las inmediatas y lógicas repercusiones en la literatura árabe, en autores como Ibn Naqiya, al-Tilimsani o al-Suyuti, e invocar el insomnio en las oníricas *Alif leila wa leila*, los espíritus de las maqamat trascendieron las fronteras de su lengua congénita y se infiltraron como ácaros bajo la piel de escritores siríacos, Ebedyecho', y hebreos, Juda-Harizi, para escoger su imaginación. Siglos más tarde, la novela picaresca también bebió de sus manantiales. La maqama XII, por ejemplo, aparece calcada en el descanso IX del libro I de la *Vida de Marcos de Obregón* y en el capítulo II del libro I de las *Aventuras de Gil Blas de Santillana*.

<sup>8</sup> Así como las maqamat de al-Hamadani someten a revisión las virtudes tópicas o paradigmáticas de la beduinidad, propias del mundo islámico, la picaresca española pone en tela de juicio los códigos de la caballería, ajenos al orbe cristiano, a saber: generosidad, hospitalidad, honor, valentía, apego al grupo familiar.

En el Cuadro de Rusáfa de las maqamat, Abú I-Fath hace un inventario con las tipologías del pícaro según sus tácticas, argucias y subterfugios predilectos: *los escamoteadores, los que se sirven de astucias en las filas de las mezquitas, quien trueca engañando, quien se apodera de algo a guisa de chanza, quien roba dando consejos, quien invoca a hacer las paces, quien incita a dormirse, quien calumnia al robado diciendo que perdió en el juego, quien induce a distracciones con un mono, quien te proporciona una candado trucado, quien practica un túnel subterráneo, quien se vale de narcóticos o escamotea con juegos malabares, quien cambia fraudulentamente su calzado (por ejemplo, en las mezquitas), quien se vale de cuerdas, quien se impone por la espada, quien sube del pozo (utilizado como escondrijo), quien se hace pasar por viajero en una caravana, quien adopta hábitos sanos que son falsos, quien asegura buscar refugio por miedo o andar tras un palomo escapado, quien roba fingiendo orinar en un patio ajeno, quien se aprovecha del terror, quien se alimenta en el zoco tocando el albogue, los que hurtan a través de un ventanillo, los que se las dan de jardineros, quienes trepan a la azotea, quien se desliza con un cuchillo por el muro de tapial, quien se arrastra gimiendo a la manera de los locos, quienes tienen numerosas llaves, quien roba en la alberca cuando los bañistas se meten en el agua, el que muerde, el que sujeta, el que da el cambiazo, quien te embauca con un millar de dinares, quien extrae después de haber practicado un butrón, quien se cuela detrás de alguien en una tienda, quien provoca compasión, quien golpea con una sandalia, etcétera. Échese cuenta: Calixto asalta el jardín de Melibea persiguiendo un halcón neblí; Lazarillo agujerea la arqueta del cura para sacar los bodigos; el escudero del tratado III del Lazarillo alberga intenciones de entrar en una casa fingiendo en ella algún negocio.*

Además, tanto las maqamat del califato abbasí como la picaresca del siglo XVI español desatan la idea del *contemptus mundi*, la ascesis de lo efímero y el misticismo sufí, embriagado quizá de un sentido hedónico de la vida, con el que no está en absoluto reñido el sufismo (antes al contrario), ni ninguna filosofía con un átomo de sensatez. *El alma sin el cuerpo es alma en pena*, dice el destrón Chilindrín en el *Lazarillo de Badalona*.

### Abú I-Fath al-Iskandarí

De la misma manera que Lázaro y los pícaros de la tradición española, Abu I-Fath al-Iskandarí, casi siempre es descubierto (o, mejor, se deja descubrir por 'Isá Ibn Hisham). Abú I-Fath, le quita al truco su rebozo, desvela su identidad, se da a conocer. Sólo así, con la revelación, cunde el asombro y el aplauso de los oyentes, para vanagloria del pícaro. Y de yapa, valida una de las tesis del género: la malévola peligrosidad de las falsas apariencias. Canta al-Iskandarí en una *qasida*:

*Desgraciado, este es un tiempo falso:  
que no te engatusen las ilusiones,  
ni te apegues a un solo estado,  
gira como las noches giran.*

El pícaro de las maqamat destaca además por su memoria prodigiosa, su erudición formidable, su elocuencia desvergonzada, su sagacidad de pedigüeño, su agilidad para entrar y salir como niebla. Poeta endemoniado, su espíritu vivaz le permite improvisar y retrucar sin demora para estupefacción de su interlocutor. Lázaro de Tormes no cuenta la facundia entre sus virtudes y, aunque no es analfabeto, puesto que escribe la carta, dista mucho de ser un Demóstenes o un poeta<sup>9</sup>. En este aspecto el buldero parece un magnífico epígono de Abú I-Fath, cuando no del mercachifle que aparece en el Cuadro del Siyistán vendiendo remedios para el alma y el cuerpo, pues posee el don de la locuacidad y la habilidad para engatusar mediante la inflexión de su voz y el contoneo de las palabras. Pese a que sobre el buldero recaen las más feroces críticas de Erasmo y sus acólitos, durante el tiempo en

<sup>9</sup> El tono declamatorio del pícaro de las maqamat es muy distinto al del pícaro español, puesto que se infla de retórica y de vanagloria, no exentas de plasticidad, de presunción y de avasallamiento de la concurrencia, y ello acompañado de prolijas alusiones a objetos y seres maravillosos cuyo fin no es otro que suscitar el asombro: tesoros fabulosos, criaturas demoníacas, valles encantados, genios cautivos en lámparas de aceite, mazmorras lúgubres, espadas flamígeras, magia fenomenal, etcétera.



que lo sirve, Lázaro aprende de él una valiosa lección: toda precaución es poca y nada es de fiar. También Alfarache está más cerca de Abú I-Fath en este sentido, asiste a la escuela, estudia griego y hebreo, va a la universidad para recibir clases de retórica.

Abú I-Fath al-Iskandarí es sobre manera polivalente: juglar, tirititero, domador, cuentista, acróbata, filósofo, maestro del disfraz, poeta, prestidigitador, faquir. Su zoología es mucho más compleja que la de cualquier otro pícaro. En cualquier instante es capaz de acudir al parainfo, subir al estrado, convencer al auditorio de que es experto en todos los entresijos de la oratoria, lograr entre vítores que lo aplaudan a rabiar, y salir por la puerta a hombros. Desde luego es un pícaro, pero un pícaro sofista, elegante, culto y refinado, hipnotizador. Como Proteo, al-Iskandarí está imbuido con la facultad de adoptar cualquier forma sin comprometerse con ninguna. Es la suma de un número infinito de facetas y ninguna de ellas lo define en realidad: mientras los pícaros españoles venden humo, él es humo y, por lo tanto, inconmensurable.

### **Del arte de la aparición y de la desaparición**

Puede uno ser maestro de las apariciones estelares o de las desapariciones asombrosas, pero es imposible irse por donde se vino. El arte de la aparición y el de la desaparición son por entero incompatibles. Se puede dominar una de estas dos solerías, nunca ambas a la vez, no se compenetran. Si se posee el don de la aparición milagrosa, la desaparición será cuando menos mediocre; y al revés, si se es experto en desapariciones que interrumpen el aliento, jamás la aparición estará a la altura de las circunstancias. Esta ley diferencia a los que están vivos de los que no lo están. Un muerto puede entrar y salir, aparecer y desaparecer, subir y bajar, ir y venir a ojos del mundo cuando se le antoje.

El escudero del tratado III del *Lazarillo* constituye un personaje muy complejo y opaco. E. Carilla está convencido de que se inspira en el *Moriae encomium* de Erasmo, en donde se analiza el conflicto trabado entre el ser y el parecer. Según Marasso, en cambio, podría ser una paro-

dia de *El cortesano* de Castiglione, y para sustentar esta su hipótesis aduce que, de acuerdo con lo especificado en el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés, el vocablo *lóbrego* es demasiado vulgar y no ha de usarse entre gente de corte. Desde luego, el escudero ignora este precepto, ya que afirma que la casa de sus desdichas es *lóbrega*. Por medio del escudero, no obstante, el autor también podría estar vehiculando una furibunda crítica contra el jabanoso mundo de la corte y sus adocenados moradores. Finalmente, Américo Castro escudriña en este personaje el anhelo de nobleza asociado a los conversos de los siglos XVI y XVII.

Las exégesis respecto a la figura del escudero son prolijas. A modo de coda a la lista de conjeturas entorno a este singular personaje cabe agregar la de la anticipación objetiva, casi profética, cifrada en él, de los hidalgos venidos a menos que en los siglos XVII y XVIII, desembarcados en América, por aquello de mudar tierras, se hicieron pícaros e instigaron a los indígenas a rebelarse con el fin de sacar peces de un río cuyas aguas había revuelto la leyenda negra difundida por las traducciones de la obra de Bartolomé de Las Casas.

Ahora bien, y dicho esto, entre el vivir y el soñar se brujulea un *tertium quid*: el escudero no ya como personaje vacío, sino como personificación de la vacuidad y el instinto de aparición consustanciado con ella. Este albedrío necesita una lenta, aunque no se sabe hasta que punto digerible, glosa. Si el escudero en efecto hubiera pretendido *ser* quien no *es*, desde luego no habría tenido éxito, porque quien ni siquiera es no puede aspirar a *ser*, de ninguna manera. Por el contrario, si el escudero aparenta para aparecerse, entonces triunfa y para él el laurel del campeón. La solución al acertijo cae por su propio peso: el escudero no es un aparentador sino un aparecido, un fantasma en el doble sentido etimológico de la palabra: imagen o imago y alma en pena, reacia quizá a aceptar su fin. Sólo hay que detenerse y fijarse en su comportamiento, en cómo entra (de sopetón) y en cómo sale (de improviso) de la escena narrativa. Lázaro tropieza con él por la calle y cuando se quiere dar cuenta se ha ido sin avisar. No hay mejor metáfora para ilustrar la decadencia de la casta

social de los hidalgos, en vías de extinción, que un hidalgo de ultratumba. Así, la conducta del escudero no es producto tanto de su envanecimiento cuanto de su desvanecimiento inexorable. Consecuentemente, el capítulo en sí es un sarcófago hecho a medida para él y para su estamento social, en trance avanzado de aniquilación.

Es patente, en cualquier caso, que el escudero está caracterizado por su fatuidad. Las luminiscencias flotantes que por la noche parecen danzar sobre las superficies de los pantanos, de las ciénagas y de los tremedales reciben el nombre de fuegos fatuos, por su liviandad e inconsistencia. Otro de los enclaves donde suelen avistarse esas simpáticas bolas de luz en movimiento son, por cierto, los cementerios. Al igual que el escudero, el fuego fatuo suele merodear por parajes tétricos; y como ellas es fatuo por su languidez y flojedad. Tanto los fuegos fatuos como el escudero son un visto y no visto.

La casa *lóbrega y oscura* que alquila el escudero en Toledo representa, no ya una vulgar morada embrujada, sino su sepulcro, del que con puntualidad sale cada día a penar hasta la puesta del sol, donde duerme echado en la posición del cadáver, y adonde entiende Lázaro que conducen un ataúd con su muerto dentro, cuando el inquilino de ese féretro no es otro que el propio escudero, quien echa a correr tras él después de que ha pasado por delante de la casa *lóbrega y oscura*. ¿Cómo no ha de ser la casa de mal suelo si es en realidad una huesa? Sólo así el susto de Lázaro al topar con el funeral cobra sentido, dado que, no siendo ya el niño ingenuo que marchó de casa como destrón de un ciego y estando medio bregado, no resultaba fácil su espanto de comprender. Sin duda, algo hay en el séquito mortuorio que le pone los pelos de punta al zagal: Lázaro ha oído a muerto de verdad.

El escudero gravita sobre la realidad, y a veces, ciertamente, se extralimita. Por querer abarcar más de lo que le es dado apretar, en ocasiones la realidad percibe su vapor ectoplasmático e intenta atraerlo, para engullirlo. Entonces, él se licua a causa de su evanescencia de espejismo. De ahí que no haga nada, que no se ocupe en nada, que vague nada más, porque su tiempo

forma un vacío imposible de colmar. Y cuando infringe las reglas impuestas a los aparecidos y se prueba más allá del humo, como en el episodio de las mozas que hartas de palabrería lo ponen en jaque exhortándolo a soltar la mosca e invitarlas a desayunar, en humo se torna y se esfuma sin dejar rastro. Con sus repentinas desapariciones y apariciones, asiduas por cuanto que caracterizadoras, el escudero lejos de estar siguiendo al pie de la letra a Erasmo, quien recomienda marchar a otro lugar cuando las deudas acucien, está actuando en consonancia con lo que se espera de un espectro como Dios manda. A través de este ocular, acaso la interpretación del capítulo como un enrevesamiento no sea cabal. No hay sensación de que el escudero abandone a Lázaro, por más que el propio Lázaro así lo crea, sino el mundo de los vivos.

Cerca del final del tratado III el escudero obtiene misteriosamente una cantidad de dinero y poco después desaparece. No es desatinado pensar que esas monedas le costeen el pasaje a la otra orilla, la de los muertos, en la barca de Caronte, del que, aunque no se sepa mucho, de lo poco que se sabe una cosa es cierta: no fía. Por último, exprimiendo esta elucubración, cabe la sospecha de que el escudero, como fantasma, posea el espíritu de Lázaro, sobre todo al comprobar cómo éste empieza inopinadamente a remedarlo nada más ganar su primer sueldo: adopta su *modus vivendi*, se compra un atuendo que le dé relumbre y se ciñe una espada. Leyendo el pasaje con atención y pulcritud, parece haber, aquí también, gato encerrado. Más que la puesta en práctica de una ciencia muy bien aprendida, el desenvolvimiento de Lázaro constituye una estupenda mimesis, calibrada al milímetro, del vano hidalgo.

## Bibliografía

Ahmad ibn al-Husayn al-Hamadani, *Venturas y desventuras del pícaro Abú l-Fath de Alejandría*, Alianza, 1988.

Fernando de la Granja, *Maqamas y risalas andaluzas*, Instituto Hispanoárabe de Cultura, 1976.

Fernando Lázaro Carreter, *"Lazarillo de Tormes" en la picaresca*, Barcelona, Ariel, 1983.

Fernando Lázaro Carreter, *Estilo barroco y personalidad creadora*, Madrid, Cátedra, 1977.

Francisco Rico, *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, 1969.

*Guzmán de Alfarache*, edición crítica de Benito Brancaforte, Madrid, Cátedra, 1979.

*Historia de la vida del Buscón*, edición crítica de Domingo Ynduráin, Naucalpan de Juárez (México), Espasa-Calpe Mexicana, 1982.

Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 2005.

José Antonio Maravall, *La literatura picaresca desde la historia social (siglo XVI y XVII)*, Madrid, Taurus, 1986.

*La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, edición crítica de Alberto Blecua, Madrid, Castalia, 1979.

*Lazarillo de Tormes*, edición crítica de Joseph V. Ricapito, Madrid, Cátedra, 1985.

*Lazarillos raros; Lazarillo de Badalona, Life and Death of young Lazarillo, Lazarillo de Duero*, edición crítica de Richard E. Zwez, Madrid, Albatros, 1972.

汐

帆

RACHID LAMARTI

رشيد العمارتي

Universidad de Barcelona